

Saint-John Perse



Por Dante

Traducción y nota de Juan Carvajal

En un sentido primordial, toda producción del espíritu es elaboración poética. Y si no es al instante poemática en el orden evidente, ello no es sino pormenor de lectura: si aconteció será poema.

Dante es el más grande poeta del mundo poético legible. Su obra es el más pormenorizado tractatus universal de estilo compuesto por el hombre, expresión suma de lo que son las relaciones con la inspiración y con la vida en sus estados simbólico y sensible bajo la radiante advocación musal. Creación inexorable, categorización amorosa del universo, Universo, la Commedia es evidencia perfecta de lo que para nosotros, hombres de palabra, es un amor eterno en la historia. Este lugar, criatura del poeta, es el lugar verdadero del hombre: la eternidad es histórica más acá de la boca del aedo. "Los dientes, cerco de la historia" dirá Homero de pronto. El poema, asombroso lugar de la luz, es tiempo que se sabe*.

Dante informa no sólo al ser de la poesía posterior a él, sino "hace" al poeta mismo, "en sus vías y maneras", encarna, hasta historiográficamente, las posibilidades enteras del poetizar, del ser. El dantesco aliento que anima a la poesía "después de Dante" está formado por las mismas infoliaciones históricas dentro del mito que hacen de Orfeo el poeta-amante fuera de la historia (¡aquí!) y que inspirarán toda la conciencia poética posterior a él. Poéticamente las cosas son órficas o no, los hombres serán Orfeo o nada = todos los poetas son Dante. "Ese hombre soy yo" recuerda Perse del toscano "sometido al lenguaje del amor..."

Perse, elaborador de "un gran poema nacido de nada, un gran poema hecho de nada", celebrador maravillante de las cosas del mundo, hombre de admiración y gran loanza, invocador, Amante, participa con el florentino de una altísima y muy sensible condición verbal engendradora en la elegancia del alma: son majestuosos en un nivel en el que ningún hombre se siente disminuido si califica de sublime. Ambos son enciclopédicos de manera fundamental. Los vastos catálogos de Anábasis, de Exilio, forman la Commedia pérsica, son la arboladura dramática de una lírica cifrada en "una larga frase sin cesura para siempre ininteligible". Son, in illo tempore, cantores. Que lo sean, es el hecho numínico que nos fundamenta.

En la inauguración del Congreso Internacional reunido en Florencia para conmemorar el séptimo Centenario de Dante, Perse saluda, desde el cívico estrato del discurso, al posibilitador de su propio discurrir clásico, al poeta, inmerso y vivo en el escándalo de sus siglos. En esta salutación de ágora, el Homenajeante, como es su natural, no pronuncia el Nombre de la Amada.

*... el Bhagavad-Gita, que es el más grande poema filosófico después de la Divina Comedia dentro de mi experiencia" (T. S. Eliot). El Bhagavad Gita lo escribió nadie, es decir todos, eso es, Oriente; la Divina Comedia la escribió Dante, o sea nosotros, Occidente.



Pronunciarse hoy en día en honor de Dante, es expresarse anónimamente en nombre de una inmensa familia: aquella para la cual el nombre, la palabra Dante, poderoso vocablo, tiene la más alta resonancia en el fondo del antro poético.

Ellos se elevan con nosotros para quienes el hecho Dante se confunde con el gran hecho poético en la historia del hombre de Occidente.

¡Con nosotros la ovación jubilar, y la loanza, en toda lengua, sobre toda ribera occidental! ... Los fuegos arden sobre las cimas, las voces se elevan en las ciudades, y es para el hombre de nuestro tiempo como una nueva conmoción.

¡Por séptima vez el llamado secular del nombre! ¡Dante Alighieri! ... Te saludamos, Poeta, hombre de tierra latina, aquel a quien fue dado educar una lengua, y por la lengua, creadora, forjar el alma de un pueblo.

A cada vencimiento solemne donde resuena el llamado del nombre, su carga de honor se ha verificado. Y nosotros, poetas, hombres de palabra, invocamos de un poeta la palabra dada, y le pedimos razón. ¡Que él lleve aún por el siglo el escándalo del poeta, y, por la gracia del lenguaje, el altercado supremo del hombre en el más alto lugar del ser, su palabra!

Hay, en la historia de un gran hombre, algo acrecido más allá de lo humano: "Nomen, numen..." inminencia sagrada —temblor del alma en el bronce y como un sonido de eternidad... "Divina" fue un día la designación dada a esta *Comedia* que Dante mismo, el orgulloso, no hubiera llamado tal. El instante, vuelto legendario, en que fue sorprendida esta palabra de poeta no deja de extender hasta nosotros el tiempo de su vibración. Medimos a paso de siglos su extensión histórica; y más aún el misterio de su sobrevivencia poética.

Que una obra, en poesía, de tan alto anhelo y de tan alta concepción, sobrecargada hasta perecer de intelectualidad, de dogmatismo racional y de pura escolástica, que una obra doctoral y que se desea ante todo obra edificante, responda en términos alegóricos a las exigencias de escuela más contrarias a nuestras concepciones de poética moderna, pueda sin agobio llevar como obra viva hasta nosotros, un tal fardo de conveniencias y de cargas contractuales —¡eso es el verdadero prodigio! Privilegio del genio en su más libre acceso de omnipotencia, fluyendo de lo alto, bajo su ley propia, el entero placer de su curso plenario... ¡Y esta ley fue siempre de excepción! La cólera virgen del genio corre hacia los peores casorios sin derogar. Es el destino de las grandes fuerzas creadoras el ejercer su poder a través de todas las convenciones de la época.

Sobre los cuatro planos de evolución definidos por Dante en su *Convivio*: el literal, el alegórico, el moral y el anagógico, la obra imperiosa de la *Commedia* prosigue heroicamente su ascensión metódica, como la del héroe mismo, peregrino de amor y de

absoluto. Ella se eleva, círculo a círculo, hasta esta abstracción final de una efusión de gloria en el seno de la divinidad: efusión aún toda de intelecto, pues el camino espiritual del poeta es, por su naturaleza misma, ajeno a las vías del misticismo propiamente dicho.

Pero porque la aventura espiritual del héroe fue desde un principio la misma del poeta, la obra vivida del gran Toscano permanece fiel a la vida misma; y tratando, viva, del absoluto, sin desertar del imperio de lo real, enraizado en lo concreto, y en lo humano, y hasta en lo cotidiano, ella escapa, relato, a las peores fechorías de la abstracción. Relación de un viaje a los mundos imaginarios, ella es para nosotros la narración maravillada. Es carnal, es visual, es forma y color; y por más edificante que pretenda ser en sus alegorías, su abundante imaginería no hace más que ilustrar, con realismo, las incidencias múltiples de un itinerario muy distante de toda ascesis... Arte de delectación y no sólo de enseñanza: es ahí donde la vocación terrestre se afianza, tanto o más que la frecuentación celeste. Sonido, materia y luz se unen allí para festejar una misma energía, que se desea armonía. Y en esta relación física con lo universal, qué alegría, súbita, de artista, entre dos diversiones astronómicas de hablarnos... ¡de las bocas del Ganges! —Obra de poeta y no de humanista. El umbral metafísico sólo es franqueado por el conocimiento poético, la evasión filosófica procede menos de una especulación que de un sentimiento.

Y asimismo, el poeta cristiano, de formación tomista, que tanto ha castigado en su Infierno a todos los pecados del espíritu, no ha temido invocar, a la entrada de su Paraíso, la asistencia pagana de la divinidad delfica, radiante de alma y espíritu más allá de las provincias del intelecto: quiera Apolo, el irracional, entreabrirle las vías sensibles, las vías secretas de lo inefable y de lo inconcebible, y Dante, poeta, le seguiría tal vez sobre el más vasto mar de la intuición adivinatoria —con el grave riesgo, para el apóstol, de no ser seguido por todos:

"Oh vosotros cuya barca es pequeña, retornad a vuestras riberas..."

No se había escuchado esta voz desde la antigüedad latina. Y he aquí que ese canto no es ya reminiscencia, sino creación real, y como un canto de colmena nueva enjambrada en Oeste, con su pueblo de Sibilas...

Decisiva entre todas fue la urgencia del lenguaje: potencia activa, animante, iniciadora y creadora... De este ascenso al abismo donde gobierna el deseo, instancia divina, la obra obtiene, durable, su vocación primera y su fatalidad. A la vez criatura y creadora de una lengua, ella guarda, rebelde, contra toda asechanza del intelecto, su relación viviente con el movimiento mismo del ser, su fortuna.

La misma relación durable, en toda cosa, lleva el espíritu de

Dante a esta búsqueda de unidad, que debía afirmarse hasta en el pensamiento político de su *De Monarchia*. Prodigioso destino, para un poeta, creador de su lengua, ser al mismo tiempo unificador de una lengua nacional, mucho antes que la unidad política que ella anuncia. Para él el lenguaje restituido a una comunidad viviente se vuelve la historia vivida de todo un pueblo en busca de su verdad. En el corazón de una grandeza italiana esparcida, que él acumula y encarna, permanece por siempre fermento de alma y espíritu. . . ¿Qué poeta jamás, por el solo hecho de ser una eminencia poética, ha, en la historia de un pueblo altivo, constituido un elemento tal de fuerza colectiva?

En un tiempo en que la poesía es aún regla de observancia y servidumbre de escuela, el arte de Dante fue una lectura feliz en las obras vivas del lenguaje. En un ensanchamiento de la acogida poética, es el ser entero quien viene a lo sagrado del poema e irrumpe en el mundo cerrado del arte. Una lengua de amor ha nacido allí que no será jamás distinta, en poesía, de la instancia propiamente poética. "Ese hombre soy yo", nos dice Dante, "sometido al lenguaje del amor, y no escribir nada, bajo este dictado, que no se haga entender desde el fondo del corazón". La obra se ordena en esta gracia, y se recrea, sin perder aliento. La pasión allí ordena, el amor profetiza. . . ¿Y qué es todo aquello que no es pasión y que no tiene gusto de eternidad? . . .

En el desgarramiento de algunas efusiones líricas —felicidad de un canto de gracia o virulencia de una imprecación— se desploma de súbito toda la armadura del gran poema doctrinal. . . ¡Poesía, ciencia del ser! Pues toda poética es una ontología. Y sobre todo este doble movimiento: desgarramiento inicial, después retorno al ser para reintegrar la unidad perdida, la filosofía griega del Estagirita había ya intentado toda una metafísica del movimiento.

De allí la exigencia, en arte, de una obra real y plena, que no tema a la noción de "obra", y de obra "obrada", en su totalidad, implicando así mayor asistencia de aliento, y de fuerza orgánica, de elevación de tono y de visión, más allá del escrito, para la conducta final del tema a su libre vencimiento.

Tal es la obligación filial del poeta hacia la lengua-creadora. . .

Y Dante, fanático del lenguaje, ¿no ha situado en su Infierno, no lejos de los blasfemos, a un escritor culpable de impiedad hacia su lengua materna?

El hombre de pasión que fue Dante, poeta, alcanza en su civismo el amargo censor de un alma vindicativa a quien el ancestro guerrero, reencontrado en el Cielo de Marte, recomendaba "el áspero lenguaje de la amonestación" como "un alimento de vida". No fue tibio ni pusilánime, ese católico que no creía envolver con un mismo desprecio a todos esos, decía "que han podido vivir sin infamia ni renombre, detestables tanto a los ojos de Dios como de sus enemigos".

"Ellos llegarán a la sangre", decía de su pueblo de violentos.

Ellos vinieron al alma. . . Y eso fue para Dante la ascensión muy pura de ese Tercer "Canto" hacia un lugar de luz y beatitud, "allá donde las altas criaturas", nos dice "ven los rasgos de la fuerza eterna". Al término de esta ascensión, la noción pasional se confunde, en el amor, con las de la gloria y la iluminación —espasmo supremo del espíritu que no deja de ser espíritu. "De pronto", nos dice aún, "me pareció que el día al día se sumaba, como si Aquel que pudiera hubiera dotado al cielo de un nuevo astro. . ."

Al borde de los grandes espacios libres donde se propaga lo divino, el poeta ha conducido su búsqueda de unidad. Alcanzó ese punto de esplendor y de ruptura del cual no se conserva memoria. Y en este recorrido hacia la esencia luminosa se anuncia ya todo lo esencial de un clasicismo literario. . . La verdad del drama está en ese puro espacio que reina entre la estancia feliz y el abismo que ella costea: ese desasosiego total, o esta ambigüedad suprema, que hace de Dante, monstruo de amor, el más grande apóstata de la felicidad en beneficio de la alegría:

"En el fondo de esta eternidad, he visto que el amor unía todas las cosas, como para reunir, en un solo libro, todas las hojas dispersas de una misma obra universal. . ."

Poeta, hombre de ausencia y de presencia, hombre de rechazo y afluencia, poeta, nacido de todos y de todos acreciéndose, sin alienarse jamás, hecho de unidad y pluralidad. Por grandes jirones de humanidad se opera en él ese desgarramiento de uno solo en pos de la epopeya de todos, elevación de todos en la obra y de la obra en todos. Desde las lindes del exilio rije una soledad más poblada que ninguna tierra de imperio. Establece sus castigos como ecuaciones, pero se cuida de envilecer a sus víctimas de rango; no es sin colusión secreta que administra la arrogancia de sus grandes réprobos. Allí no hay desdén real sino por los débiles y los cobardes que él deja errar por el vestíbulo de su Infierno; o los simples indolentes en las primeras rampas de su Purgatorio. El hombre para él no es hombre sino en su fuerza de alma y en su integridad. Y ese vasto comentario a la crónica humana que es la gran suma épica de la *Commedia*, la enseñanza permanece plena de altivez viril y rectitud moral: una enseñanza de honor para todos. Por apremiante que sea, el destino del hombre no sabría caer en el absurdo, y es un misterioso poder que guarda el ser humano sobre la puesta de astros de su noche. . . Bajo esos párpados semicerrados del hombre, que Dante llama "los labios del ojo", filtro inundado de claridad para orientar en nosotros el sentido trágico de la vida.

Hombre él mismo de entera vocación, ansioso de vivir el hombre en el pensamiento y en la acción, Dante parece, para su tiempo, legitimar de instinto una voluntad de potencia fuera de los límites de la ortodoxia cristiana. . . Poeta, siempre, ese rebelnado, que reivindica en el hombre más que el hombre. . . Y que la poesía misma es acción, es lo que tiende a confesar la soledad del



proscrito. El viejo Prior de la Comuna de Florencia abre a Dante, poeta, el campo cerrado del exilio, que lo hace gran poeta al mismo tiempo que "italiano". El afrontará con altivez las peores condenaciones públicas, hasta esta condenación, por contumacia: ser quemado vivo —singular irrisión para aquel que, poeta, sólo pretendía honrar la llama.

En los antiguos ritos del fuego, la ofrenda ritual hecha a la llama fue sacrificio al orden universal, tanto como al orden individual, el acto sacrificial tenía por fin recrear la unidad primordial y renovar la totalidad del ser del hombre despedazado por la historia... Así de un gran poeta la obra es ofrenda universal, pero no hay, sin el poeta, aspiración plena ni restitución, soplo. Respirar con el mundo conserva su función propia y mediadora. Y tal es la primacía secreta del poeta. El es, en el sentido inicial del vocablo el "ex-instante" por excelencia situándose lo más cerca posible del principio del ser. Por más autónoma que se pretenda, su expresión sólo será testimonio de unanimidad. ¡El hombre de Florencia y de Ravena, hombre de Toscana y de Italia, hombre de Europa y Occidente, es hoy hombre de todos!

Y Dante, frente a su obra, y en su obra misma, antecesor de su gloria, ¿no está ya de sus propias manos coronado de laurel?

¡Para él "la respuesta de las cimas" en el abrazo del cielo latino!

¡Honor a Dante Alighieri, maestro de obra y de acción! Honor al hombre de gran causa y de gran gestión; y plena gratitud al hombre, en su tiempo, que más lejos lleva la acción liberadora del lenguaje —el poeta, por quien se esclarece y agranda el espacio de

los vivos.

Los siglos se abren, incansables, en la tierra arada de la historia, las cadenas tintinean al paso del hombre, y no es de servidumbre ni de muerte que trata el poeta... Las grandes pasiones políticas se pierden en el curso de los ríos, falsos temas de grandeza se desmoronan en las riberas, pero sobre la piedra desnuda de las cimas las glorias poéticas son heridas por un absoluto de esplendor. ¡Dante: la cima es alta y clara y desafía la erosión!... Cuántos potentados, cuántos hombres de poder y maestros de la hora, podestás, autócratas y déspotas, hombres de toda máscara y de todo rango, habrán desertado de las cenizas de la historia, cuando ese poeta del más grande exilio seguirá ejerciendo su potencia entre los hombres—potencia no usurpada...

Poeta, soberano de nacimiento, y que no se ha forjado una legitimidad...

Sobre el vasto cuadrante solar donde la historia tiene su cuchilla de hierro, la hora de Dante no ha terminado de dar su sombra —ángulo mayor abierto a la extensión de los siglos. En la era plenaria del lenguaje se integra la duración de una palabra de hombre. Y el hombre de lenguaje avanza aún entre nosotros. Su mirada cubre el tiempo de los muertos y los vivos. Al imperio del pasado une el imperio del futuro, donde corre su sombra profética... Pues hay, en la visión del poeta, a pesar suyo, algo semejante de fatídico que se dirige a lo lejos para alcanzar otra infinitud: la del Ser, su lugar verdadero. Siete siglos hasta nosotros, siete edades hasta nosotros transcurriendo la aventura poética, se ha escuchado retumbar a lo lejos las grandes aguas subterráneas

donde se alimenta la esperanza del hombre. Y el rumor aún se hace escuchar del gran tumulto en marcha ante nosotros.

Te invocamos, Poeta, en la apertura de una nueva edad. No es futuro lo que no se abre al poeta. Crear, siempre, fue promover y ordenar a lo lejos. Y el poeta proferido se apresura en la historia. . . ¡Eterna invasión de la palabra poética!

Semejantes a los Conquistadores nómadas, maestros de un infinito espacio, los grandes poetas trashumantes, honrados de su sombra, escapan de las claridades del osario. Se desprenden del pasado, ven, incesantemente, acrecentarse ante ellos el curso de una pista que de sí mismos proviene. Sus obras, migratorias, viajan con nosotros, altas tablas de memoria que desplaza la historia.

Y éste fue de Occidente, donde el sueño es acción, y la acción, innovadora. Dante enhiesto ante el viento de la historia ha llevado sin desmayo su carga de humanidad; y presto elevado en la grandeza, instigador y mediador, fue de esos grandes antecesores para quienes vivir es crear, y crear comprometerse en una eternidad de historia.

Poeta, rostro invisible de hombre. . . El torrente poético donde se lava la historia se derrama, inescuchado por las muchedumbres ribereñas. Pero sobre el rostro santo de la tierra, algunos levantamientos de humor nos dejan rastros durante largo tiempo de su poderoso relieve: entre dos grandes vertientes de la edad occidental, la alta intersección se esclarece aun hasta nosotros.

¡Oh Dante, en nuestras vías y propósitos como un principio de autoridad! ¡Aguila cortante de la palabra, presencia ardiente del poeta! . . . Lo hemos visto pasar por la pantalla de nuestras noches, la cabeza ceñida de laurel negro más acerado que una visera levantada de condotiero. El fue ese fervoroso de un absolutismo guerrero único en nuestras fronteras. El temerario, y taciturno, llevando ardor de alma como garra de esplendor sobre un rostro de estigmatizado. Ha venteado, a altura del hombre, el abismo de lo real y lo sobrenatural. Ha conocido a altura de hombre, tiempos que no son el tiempo del hombre. Y aquellos que lo han cruzado una noche a la vuelta del camino lo han llamado el Transgresor. . .

¡Seas con nosotros, gran ser en marcha, Poeta! , hombre de signos y de números, hombre siempre del más grande orden. Tu aliento nos asista y tu potencia en nosotros llevada a la altura del mito. En las noches de gran mutación, cuando las figuras usadas del drama descienden tras nosotros a través de la historia, que se escuche aún pasar tu gran sombra nocturna. Y el ala acerba del genio nos rozará todavía con su pluma de hierro. . .

¡Seas con nosotros, Pasajero! , ¡los tiempos son duros, y la hora es grande! , las primeras marejadas del equinoccio se elevan más allá del horizonte para el alumbramiento de un nuevo milenio. . . Un gran fragmento de historia naciente se desprende para nosotros de los pañales del futuro. Y es un levantarse, de

todas partes, de fuerzas al trabajo, como una agregación de las aguas universales. ¡Qué nueva *Commedia* en vía siempre de creación, se abre en todo su texto al desarrollo en curso? Tu ritmo ternario, poeta, no es demasiado para esta métrica nueva que ya vivimos. . .

¡Seas con nosotros, gran alma vehemente! El odio y la violencia sobre la tierra no han podido aún deponer las armas. Güelfos y Gibelinos extienden su querella al mundo entero de los hombres. Fuerzas de materia y nuevos cismas amenazan esta comunidad humana para quien tú habías soñado la unidad. . . Mantén amplia en nosotros la visión del hombre en marcha hacia su más alta humanidad, mantén alta en nosotros la insurrección del alma, y la exigencia plena del poeta en el corazón no perturbado del hombre. . .

¡Te honramos, grandeza! , ¡te honramos, poderío!

¡Honor a Dante de Italia! , primero de Europa y Occidente en fundar al hombre en poesía, y la palabra, en el hombre, de poeta como una canción de humanidad. Te aclamamos, Poeta, en tu prerrogativa y tu necesidad. ¡Con nosotros, largamente, la aclamación lejana que se eleva de todos los rangos del hemisferio universal —tributo levantado sobre nuestro siglo por los poetas de toda raza, de toda lengua y de toda disciplina, que alerta el solo nombre de Dante! . . . Hacia ti, poeta de gran nombre, se oirán aún elevar, en el año dos mil, este rumor de los hombres de lenguaje para quienes ya tú disipabas los últimos horrores y tinieblas heredadas del año mil. Y en tres siglos por venir, hombres aún se reunirán para celebrar tu propio milenio. Entenderán, pueblos futuros, lo que la voz de un gran poeta puede salvaguardar de mayorazgo latino en la reyerta de las aguas nuevas.

Feliz Florencia y la tierra de Toscana, feliz esta parte del mundo latino donde bajo el signo de los Gemelos, por su doble destino de hombre de sueño y de acción, de hombre de amor y de violencia, de hombre de infierno y de cielo, nació, un día de Mayo, Dante de los Alighieri, hombre de poesía.

. . . Oh Maya, oh Dione, divinidades antiguas honradas del poeta hasta en su cielo cristiano, vos atestiguáis ya la eternidad del verbo.

Y nosotros, aquí, ¿qué hacemos, reunidos, sino conmemorar en el hombre la sobrevivencia del poeta?

. . . Poesía, hora de grandes, ruta de exilio y de alianza, levadura de pueblos fuertes y levantamiento de astros entre los humildes: poesía, grandeza verdadera, potencia secreta entre los hombres, y, de todos los poderes, el único tal vez que no corrompe el corazón del hombre ante los hombres. . .

En honor de Dante, poeta, potencia de alma y espíritu en la historia de un gran pueblo y en la historia humana, ¡que todos se pronuncien con nosotros!